

bucear algunas sílabas incoherentes; se dejó llevar hasta la puerta, y no pudo resistir á un impulso del corazón, que le obligó á exclamar:

— Muchas gracias.

Y salió humillado y descompuesto.

— Ya te he echado la buena semilla en el corazón, dijo para sí el cura cerrando la puerta; lo demás es cuenta tuya.

XI

Carlos se detuvo convulso en medio del camino, y permaneció un rato en la más angustiada incertidumbre. En aquellos pocos minutos se decidió su suerte. Lo primero que se le ocurrió fué correr á ver á Camila y decirle: «Sí, iré al servicio, estoy arrepentido, soy otro, perdóname por lo que te he hecho padecer y no se hable más del pasado.» Pero aún no se había acabado de decir á sí mismo estas palabras, cuando la rabia de sentirse vencido, su orgullo salvaje y aquella feroz voluptuosidad del despecho, cualidad dominante en su naturaleza, se había antepuesto á todo. Estuvo un momento allí parado, jadeante, como si hubiera dado una larga carrera, y luego dijo resueltamente: «¡No, no! Todo son palabras. Todos están de acuerdo para hacerme arrastrar la cadena. Es inútil, es una aversión de la sangre, no puedo, no ha de ser, aunque tuviera que vivir como un bandido ó como un perro.» Y echó á andar presuroso á la tienda del amigo.

Cuando Carlos le refirió su conversación con el cura, Marcos se encogió de hombros, sacó del cajón un periódico roto y dijo:

— Oye lo que voy á leerte, y luego harás lo que quieras. Y leyó lo que sigue:

«...Hemos sido testigos oculares del exceso de furor bestial á que puede arrastrar al hombre ese insensato celo por la disciplina, que se encarece como una de las más elevadas virtudes militares. Un regimiento de infantería volvía de un ejercicio fatigosísimo; los soldados, en ayunas, caían exhaustos



Dicho esto, el cura echó una mirada de soslayo á Carlos.

de fuerzas, y en vano se afanaban los jefes por hacerlos seguir adelante. Entonces el coronel reunió á todos los oficiales y les dijo: «Es preciso de todo punto llegar á tal hora; hagan ustedes uso de los sables.» Y todos los oficiales á la vez se lanzaron sobre los soldados gritando: «¡Ánimo! ¡Adelante!» pateando y blandiendo los sables. Pocos soldados pudieron levantar-

se; los más de ellos siguieron tendidos en el suelo. Entonces los sables hendieron el aire, y cayó una lluvia de sablazos de plano sobre las espaldas, cabezas y brazos de aquellos infelices que pedían compasión, y á los sablazos acompañaron los puntapiés, y á los puntapiés los acostumbrados improperios: «¡Gandull! ¡Canalla! ¡Cobarde!» Resonaron gritos de dolor y de despecho, y los oficiales sacaron sus libros de apuntes, anotaron algunos nombres, y amenazaron con el cepo, con el consejo de guerra, con reclusión y con presidio. Algunos soldados que se habían levantado á duras penas, volvieron á caer, y los médicos se echaron encima gritando: «¡Impostores! ¡Embusteros!» y los sacudían y arrastraban hasta que echaban de ver que tenían la cara lívida y los miembros rígidos. Otros que habían podido andar, se tambaleaban bajo el peso de la mochila y estorbaban el paso á los compañeros; de suerte que los oficiales, despechados, acababan por librarse de ellos derribándolos de un empujón. Otros, parándose para enjugarse el rostro sanguinolento, recibían nuevos golpes de los oficiales, que veían en aquel acto una protesta. Andando de este modo el regimiento llegó á una puerta de la ciudad. Salió un ayudante de campo á caballo y se acercó á la carrera al coronel: casi al instante se propagó un grito entre los oficiales: «¡El príncipe, el príncipe!» Formóse el regimiento en un santiamén: los soldados que se habían quedado atrás fueron llevados adelante á empujones, y los que estaban tendidos en el suelo, cogidos por el cuello y levantados. Dióse la voz de mando: «¡Presenten armas!» Y el príncipe avanzó, lozano, elegante, contento, seguido de cinco oficiales que miraban á las señoras asomadas á los balcones; echó una mirada satisfecha á las primeras compañías, dirigió un cumplido á los primeros capitanes, y aún no había llegado delante de la mitad del regi-

miento, cuando de fila en fila circuló una orden repetida en voz baja, y al poco rato, de aquellos mil pechos jadeantes, de aquellas mil bocas abrasadas, salió un grito prolongado, fatigoso, sin fuerza, acompañado de una sonrisa de sarcasmo amargo, grito que tenía algo de la risotada de un loco y del estertor de un ahogado: «¡Viva el príncipe!» El coronel fué convidado á comer...»

Al llegar aquí, dobló el periódico y dijo:

—¿Has entendido? Los curas te dan charlas; yo te doy verdades sacrosantas é impresas. ¿Qué te parece?

Carlos no contestó y se quedó un rato inmóvil, cruzado de brazos y con los ojos fijos en el periódico. Sin embargo, su resolución no era tan firme como él quería hacérselo creer á sí mismo.

Algo hermoso y grande había pasado por su alma y aún se sentía irresoluto y vacilante.

XII

Pero la palabra fría, sarcástica y pérfidamente tenaz de Marcos no tardó en vencer las últimas resistencias de su corazón. Pasó muchos días con él, sin dejar de destilarle el veneno en el corazón; por la tarde le llevaba á pasear por los senderos de los montes que circundaban el pueblo, y allí le refería flemáticamente, uno tras otro, largos relatos de violencias, sevicias y desesperaciones, y de soldados enloquecidos y suicidas, exponiendo con acento compasivo mil detalles irritantes, hasta que arrancaba de la boca de su víctima un grito de despecho ó de rabia, y entonces añadía á modo de consuelo que «estos casos no se daban todos los días.» De esta suerte Carlos iba confirmándose cada vez más en la resolución de sustraerse

de la quinta á toda costa. Pero cuando pensaba en la deserción, le asustaba la idea de las dificultades, de los peligros y de la inseguridad de su porvenir. Una tarde no pudo menos de decírselo á su amigo, con el cual se había mostrado hasta entonces firme y tranquilo en su propósito de desertar. Paseaban por la ladera de un monte; se había puesto el sol, y ninguno de los dos hablaba. Carlos miraba allá abajo, en el valle, su aldea, donde empezaban á brillar algunas luces, y desde la cual llegaba á sus oídos la confusa algazara de los muchachos. La idea de que dentro de pocos días debía despedirse, quizás para siempre, de aquel valle, de aquellas casas, de Camila, de cuanto le recordaba su familia y su infancia le oprimió de pronto el corazón con gran violencia; se detuvo, exhaló un suspiro profundo, y pasándose la mano por la frente, que le ardía, exclamó con acento conmovido:

— ¡Y tener que marchar..., abandonarlo todo, á todos..., ir... quién sabe adónde..., quién sabe por cuánto tiempo..., solo por el mundo..., perseguido..., ¡ah!, conozco que es muy duro, demasiado duro!

Marcos lo miró y no contestó. Continuaron su paseo. Después de dar algunos pasos, el amigo insinuó con marcado acento de negligencia, como si dijese una cosa de todo punto indiferente:

— No es necesario ir solo por el mundo.

— ¿De qué modo?, preguntó Carlos parándose y con expresión de seria curiosidad.

Marcos le miró con fijeza y le preguntó á su vez:

— ¿Eres hombre?

Carlos hizo un ademán.

— Pues bien, repuso Marcos, y acercándole la boca al oído le dijo algunas palabras en voz baja.

— ¡Jamás!, contestó Carlos echándose atrás bruscamente y haciendo un ademán de resuelta negativa.

— Jamás es una palabra que está pronto dicha, replicó Marcos sosegadamente. La cosa merece reflexión. No se trata de la vida. He creído hacerte una indicación de amigo: me parece que sería el medio de arreglarlo todo. Piénsalo bien. Por lo demás, me lavo las manos. No soy yo el que está medido en un mal paso, sino tú.

Y siguieron bajando hacia el pueblo, Marcos tranquilo y Carlos profundamente agitado.

— ¿Podré contar contigo?, preguntó éste con una voz que no parecía la suya cuando estuvieron á punto de separarse.

— Prometo que haré todo cuanto puede hacer un buen amigo y un hombre de honor, respondió Marcos llevándose una mano al pecho.

Carlos fijó en él una larga mirada, le estrechó la mano y desapareció.

XIII

Transcurrieron cinco días que fueron de angustia continua para Camila. Carlos pasaba gran parte del día con su amigo, hablaba con ella rara vez y poco; pero cuando la encontraba, le apretaba la mano ó la hacía una caricia, cosa insólita en él. Sin embargo, ella no se dejaba engañar. En aquellas demostraciones afectuosas le parecía adivinar como si él sintiese la necesidad de animarla y de darle fuerzas para soportar la prueba; pero no veía en aquel rostro la suspensión de ánimo de los días pasados, sino la triste firmeza de una resolución adoptada. Carlos pasaba muchas horas solo, sentado á la sombra de un árbol con la cabeza apoyada en una mano y medi-

tabundo; hablaba á menudo y gesticulaba y á veces contraía el rostro como si se le apareciera de pronto una imagen horrible. Camila, temblando, observaba todos sus pasos y movimientos; apenas salía Carlos de casa, corría á su cuarto para ver si había algo cambiado en él; á veces lo esperaba á la puerta, le seguía, hacía que la despidiese, lo buscaba y lo llamaba. «¿En qué piensas?» le preguntaba á cada momento. Y él la respondía: «En nada.»

Llegó la víspera del día del reconocimiento; á la mañana siguiente Carlos tenía que marchar á la ciudad para que los médicos militares lo reconociesen. Cuando se levantó estaba algo más inquieto y pálido que de costumbre. Salió temprano, regresó al poco rato, trasteó algo en su cuarto y volvió á salir. Camila corrió á ver lo que había hecho; la puerta del cuarto estaba cerrada, y ella supuso que acababa de arreglar su ropa para partir. No quedaba duda; se proponía desertar aquella noche. Le vió algunas horas después, inmóvil en medio de un campo, cruzado de brazos; después lo vió en el camino con su amigo, y al anochecer tornó á casa. Camila le detuvo á la puerta, le cogió las manos y le dijo en voz baja, resuelta y con un acento que revelaba toda la angustia de su alma:

— ¡Carlos, no puedo vivir así! Dime que cumplirás tu deber. No me entregues á la desesperación! ¡Por Dios, dime qué piensas!

— Nada.

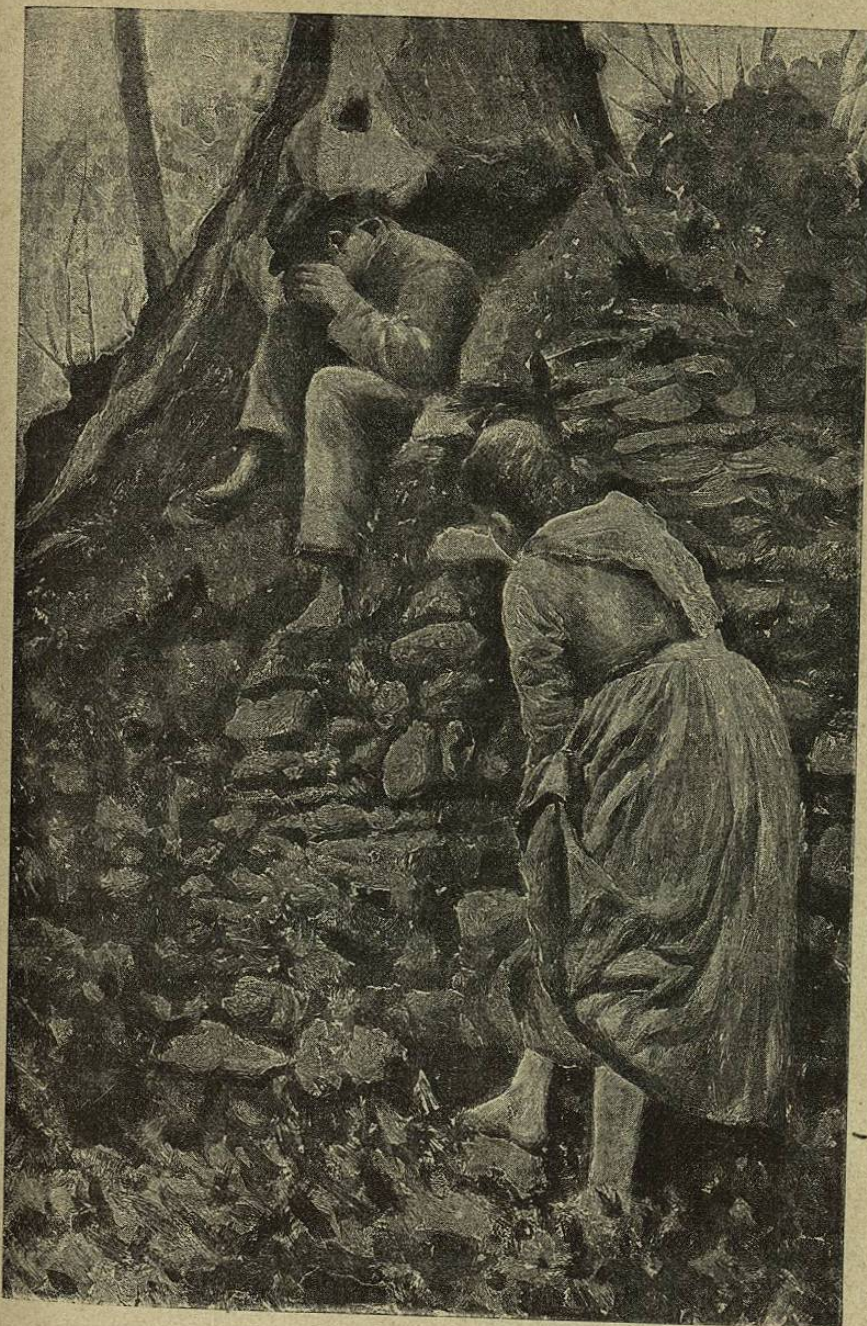
— No es verdad. Tú quieres huir.

— No.

— Sí, lo presumo, lo sé, quieres escaparte esta noche. ¡No tienes compasión de mí! ¡Te propones matarme!

— ¡Calla!, dijo Carlos mirando alrededor.

— No puedo callar, necesito hablar; si he de morir, no quie-



Carlos pasaba muchas horas solo, sentado á la sombra de un árbol

ro morir callando. ¡Carlos!, añadió arrodillándose, no me levantaré de aquí si no me juras antes que no me abandonas, que irás á la ciudad, que serás soldado; ¡te lo suplico por lo mucho que te quiero, en nombre de tu padre, de tu madre, de Dios!

— Lo juro, contestó Carlos significándole que bajase la voz.

— ¿Lo juras?, exclamó Camila levantándose y poniéndole las manos en los hombros. Júralo otra vez.

— Lo juro.

— ¡Júralo por tu madre!

— Lo juro por mi madre, por mi padre, por quien quieras, cien mil veces; ¿qué más puedo decirte?

Camila le miró fijamente, dejó caer los brazos y murmuró con acento de profunda consternación:

— No te creo; tienes algo en los ojos que no me deja creer-te. ¡Ay! — exclamó con repentino impulso y rompiendo á llorar: — ¡eres un desdichado!, ¡un hombre sin corazón! ¡Vete! ¡Déjame morir!.. ¡Ah, no, no, Carlos, detente por piedad! — y lo detuvo y le echó los brazos al cuello. — ¡Perdóname! ¡No puedo vivir así! ¡Ten compasión de tu Camila!

— Por todo lo más sagrado del mundo, Camila, respondió Carlos desprendiéndose de ella y alejándose, ¡te juro que no huyo!

— La joven, sin hacer caso de estas palabras y habiéndosele ocurrido de repente una idea, se arregló el cabello, se enjugó los ojos y corrió en derechura á casa del cura. Entró, se arrojó á sus plantas, se lo contó todo, y terminó diciendo:

— Me pongo en sus manos; sálveme usted de la desesperación y de la ruina.

El sacerdote estuvo pensando bastante rato antes de contestar; luego preguntó si Carlos se había ido á su casa. Camila le contestó que sí.

— Pues vete, dijo, y procura no dejarlo salir en una hora; de lo demás me cuidaré yo.

Camila se marchó presurosa. El cura cogió el sombrero y fué á hablar con el subteniente de carabineros, que era un veterano franco, y le rogó amistosamente que aquella noche hiciera vigilar la casa de Carlos, explicándole el motivo. El subteniente llamó á dos carabineros con voz estentórea (que no era su voz natural, sino una fingida que sólo usaba en los actos del servicio), dió la orden refunfuñando, y luego añadió para sí encendiendo la pipa: «¡Bien me daba el corazón que algún día tendría que habérmelas con esa cara de pocos amigos!»

XIV

Eran las nueve de la noche. La familia de Carlos y de Camila estaba en una pequeña habitación de la planta baja, sentada alrededor de una mesa, y Camila en un rincón al que apenas llegaba la claridad de una lámpara que servía para todos. Carlos estaba en su cuarto, que era una pequeña pieza baja de la casa de los amos, situada enfrente de la de los mozos, donde se hallaba Camila, y entre las cuales estaba la era. La pobre abrigaba alguna confianza, por más que el cura no le hubiese dicho qué se proponía hacer para disuadir al joven de su resolución. De cuando en cuando se asomaba á la ventana; la niebla era muy densa, no se veía el campo ni las estrellas, y lo único que rompía la obscuridad era la ventanita alumbrada del cuarto de Carlos. Camila la miraba fijamente, casi sin pestañear, y ora le parecía que se agrandaba como la boca de un enorme horno que se movía hacia ella, ora la veía empequeñecerse hasta reducirse á un punto luminoso que se iba alejando. Todo estaba silencioso en el aire, en el campo,



¡Carlos, no me levantaré de aquí si no me juras antes que no me abandonas!..